

Divagaciones...

(Viene de la página 88).

Por debajo de su actitud se iba viendo cómo subía la marea del escepticismo.

El tercer período de mi vida está dentro de nuestra época. Este tiempo, posterior a la guerra, tiene un aire de frialdad y de tristeza horrible. El mundo parece un campo de ceniza mientras arde esa llama siniestra de la Revolución Rusa, llama que no calienta y que, en vez de dejar en la Historia un drama sangriento y humano, como el de la Revolución Francesa, no deja al descubierto, en medio de sus inauditos horrores, más que disputas doctrinarias de pedantes del marxismo, una crueldad fría de aire chino y la avidez rencorosa de los judíos, que hacen de gusanos de las naciones muertas.

Si hemos decaído en entusiasmos políticos y sociales, no hemos decaído menos en fervor literario y artístico.

Dentro de la literatura, en estos últimos años, ¡qué cambio en el sentido de frialdad y de falta de entusiasmo!

Zola, France, Ibsen, Nietzsche, Tolstoy... Las obras de esos grandes escritores, que tanto nos entusiasmaban hace veinticinco años, se han enfriado y parecen algo viejo y cansado. Lo único que se conservó joven, quizá como una monstruosidad admirable, es la literatura de Dostoiewski.

En este ambiente de frialdad y de inseguridad se comprenden muy bien estas audacias de taller, un poco estólicas, por muy disparatadas, insulsas y absurdas que sean.

Es incalculable la cantidad de tonterías que nuestra época va aceptando graciosamente. No hay superchería que no acoja: espiritismo y teosofía, metapsíquica y antroposofía, cubismo o dadaísmo, magia y psicoanálisis freudiano; todo pasa. Nuestro tiempo es un avestruz que se traga todo lo que le echen; claro que no lo puede digerir, porque no se digieren las piedras, pero las traga.

Ante la impotencia de crear un ideal, o por lo menos una utopía, nuestra época se repliega en sí misma y quiere dar como una norma apetecible lo que es resultado de su infecundidad.

Así se la ve tender a la desvalorización de todos los ideales humanos: al desdén por la cultura general, a la tendencia a la especialidad, al *sport* y a la intensificación del mecanismo de la vida, hasta tal punto, que parece que las cosas ellas mismas tienden a sustituir las inquietudes espirituales por el puro movimiento automático y mecánico. La ciencia, que es, hoy por hoy, lo único con aire religioso que nos queda, nos aplasta con su frialdad.

Viviendo, como he vivido yo, en épocas de carácter tan distinto, se puede dar el caso, como me ocurre a mí, de pasar de niño a viejo sin haber sido nunca adulto.

Yo, de chico y de joven, hace treinta años, cuando tenía veinte, era para mis conocidos un revolucionario; en cambio, hoy, para los jovencitos antirománticos que cultivan la elegancia o el fútbol, no paso de ser un iluso, un viejo *pompier*.

Desorientación

En este segundo período de mi vida, en Madrid, para mí, naturalmente, el más trascendental, porque era aquel en que tenía más energías y más inquietud, yo me encontré, como la mayoría de los jóvenes de mi tiempo, con que todos los grandes caminos abiertos por los españoles de antaño estaban cerrados.

En las antiguas colonias de América, de Oceanía y de Africa se nos odiaba, con razón o sin ella. En las ciudades de Europa se nos miraba con desdén. Éramos, para

la mayoría, una excepción desagradable en la civilización europea.

En las esferas oficiales de España reinaba por entonces la cuquería más refinada.

Había una oligarquía de políticos, oligarquía de apetitos, de petulancia y, sobre todo, de vanidad, que miraba el Estado como a una finca.

Esta oligarquía, entronizada por la Restauración y la Regencia, favorecida probablemente en las altas esferas, cantada por periodistas mediocres que se creían geniales, trabajó constantemente en hacer una selección a la inversa. Si no se establecieron escuelas de toreo en nuestras ciudades, como en tiempo de Fernando VII, no fué por falta de ganas.

Durante este tiempo las mercedes del poder se reservaron siempre para los yernos, para los amigos, para los tertulianos y criados de los políticos y de los palaciegos. Es decir, para criados de criados.

Enfrente de la inmoralidad, de la chabacanería y de la ramplonería de los políticos, no había en la España de la Regencia nada organizado. El republicanismo nuestro era un amaneramiento, una retórica vieja con la matriz estéril; el socialismo obrerista odiaba a los intelectuales y hasta la inteligencia; el anarquismo se manifestaba místico, vagoroso y utópico, y los dos separatismos aparecidos en aquella época, el catalán y el vasco, por su egoísmo y mezquindad, no tenían atractivo más que para gente un poco baja. Además, en el uno había una pedantería y un superhombre ridículo; en el otro se veía demasiado el solideo del cura.

Un hombre un poco digno no podía ser en este tiempo más que un solitario.

El concepto de intelectual en España

Por este tiempo, en España se empezó a propagar un concepto, que vino de fuera y que ha promovido siempre gran irritación entre nuestra burguesía, el concepto expresado con la palabra intelectual. A la gente de buen tono le pareció esta palabra de una petulancia terrible y que indicaba una idea de superioridad intolerable.

La burguesía de las capitales, y con ella los periodistas y saineteros, aduladores del prejuicio, no comprendieron el sentido de la palabra intelectual, y creyeron que el que se llamaba así se consideraba ya, sólo por esto, inteligente y talentado.

Esta necia equivocación subsistió y subsiste en nuestros días.

El trabajo intelectual no presupone, sin duda alguna, inteligencia extraordinaria, como el trabajo manual no presupone estupidez.

Un economista, un historiador, un filólogo, un crítico son intelectuales, pero esto no quiere decir que sean sólo por esto talentados ni de una inteligencia superior; un carpintero o un herrero son trabajadores manuales, lo que no quiere decir que sean estúpidos.

¡Qué duda cabe que hay obreros manuales, industriales y gentes de negocios que son mucho más inteligentes que los intelectuales!

Esto no quitará su calidad de ser intelectual al intelectual, porque esta calidad no se la da su clase de inteligencia, sino su clase de trabajo.

Entre nosotros no se consideró así, sino que se creyó que llamarse intelectual era una petulancia.

No se pensó que, de ponerse a encontrar petulancia, lo mismo se puede encontrar petulancia en que una persona diga: «Yo soy médico, o diplomático, o militar, o artista»; porque el suspicaz podrá decir: «Este, al llamarse médico, se considera un buen clínico; este otro, al decirse diplomático, se mira como un hombre lleno de perspicacia y de finura; el tercero, al afirmar que es militar, se